Cuentos de La Pampa y de Los Madrigales

Raúl Tort

Cuentos de La Pampa y de Los Madrigales

Raúl Tort

avant
editorial

Primera edición, junio de 2026
© Raúl Tort, 2026

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A, 28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com
Diseño de portada:Daniel Miró Dorrego

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN: 9791388206719
THEMA: FBA — FL —FLC — 2ADS —FJD — FH
Depósito legal: M-15228-2026

Dedicado a mi yerno y amigo, el Dr. Jorge Ciprian Ollivier

La imagen de la cubierta de este libro corresponde a la Estancia "El Madrigal", sita en la Provincia de Córdoba, cercana a Venado Tuerto, Alejo Ledesma y Arias, que es la finca rural en tono a la cual giran la mayoría de las narraciones de este volumen. El diseñador de dicha cubierta es el arquitecto Daniel Miró Dorrego, el autor de los planos en base a los cuales se edificó el casco del establecimiento y quien fue también director de la respectiva obra. Con mi agradecimiento

RAÚL TORT

Este libro abarca veinte narraciones. Algunas son fruto de mi imaginación y otras relatan episodios que responden a hechos que realmente han ocurrido y me parecieron merecían ser contados.

Están vinculados entre sí por tener como escenario las estancias y paisajes que frecuenté en mi vida rural. Todos y cada uno contienen elementos, personajes y situaciones tomadas de experiencias personales, aunque la trama sea ficta. Es más lo basado en la memoria que lo agregado por inventiva. He cambiado algunos nombres y he sido conscientemente impreciso en algunas localizaciones.

Mi vocación por el campo se yuxtapuso a la condición de notario y abogado a las que estaba destinado conforme a mi titulación universitaria. A la par de mi profesión leguleya dediqué muchos años de atención tanto a la estancia familiar de la Patagonia, denominada "La Verde", como a nuestros campos que compartieron el nombre de "El Madrigal" y a todas las propiedades rurales que administré a lo largo de los años y se situaban en Buenos Aires, La Pampa, Santa Fe, San Luis, Entre Ríos, Jujuy y Misiones, fincas agrícolas y ganaderas que abarcaban decenas de miles de hectáreas, contaban con decenas de miles de cabezas de ganado y me demandaban constantes vuelos o desplazamientos por carreteras a lo largo y ancho del país.

Hay en esta selección dos cuentos que, más que «pampeanos», debiera clasificarlos como «patagónicos». Son los titulados «Señales» y «El Puma». Creo, no obstante, que han encontrado un lugar adecuado, ya que su temática no desentona con la de los restantes. Además, para un porteño, «Pampa» suele ser un concepto que, sin intención peyorativa, abarca todo aquello de la Argentina que está fuera de la Ciudad de Buenos Aires.

Mi querida estancia El Madrigal está emplazada en el sur de Córdoba, a seis leguas de Alejo Ledesma, cercana a Venado Tuerto y al límite con Santa Fe, próxima también al perimido "Fortín Las Tunas". El otro Madrigal, el heredado, del que copié el nombre, es la estancia de mis tíos y padre, habida a su vez de mi abuelo Miguel y su familia, pioneros de La Pampa a comienzos del siglo XIX. Por tal he titulado el libro «de los madrigales»

«El Fantasma de Antonia», «Sueños de una noche de verano» y «Un lugar cualquiera» tienen como eje la fantasía y «Señales», la nostalgia. En «Las reglas del juego» convergen inventiva y recuerdos. «Tirez sur le psychiatre» es un drama que se desarrolla en el ámbito rural y, específicamente en la escenografía de mi memoria. «Usted» busca un efecto de sorpresa. «Jaque» es un ejercicio de soledad. «Dos vueltas de tuerca» confío concite rechazo. «El tigrero» une personajes reales con una historia ficticia que conlleva una aventura, una rivalidad y un triste final. "El Puma" corresponde, con muy pocas modificaciones, a mi novela "El cañadón del Puma, de la que lo extraje suponiendo que merecía ser una narración independiente. El cuento que tiene como título «Pepitín», responde a una experiencia de mi niñez que he trasladado con la incierta fidelidad que permiten los recuerdos. «Una sombra», «La apuesta», «Pluma» y «La víbora» son, como aquel, anecdóticos, traslaciones literarias de hechos verídicos narrados con mínimas alteraciones a lo realmente ocurrido, variaciones que se debieron a la necesidad de que su estructura fuese amena. Les siguen los relatos «El Malacara» y «Una sola noche». El primero es una evocación melancólica de poco interés literario, pero que he incorporado como mero retal de mi biografía. Su único mérito puede estar en el reflejo del ambiente y en el panorama descripto. Cierto aire aventurero lo diferencia notablemente de ese otro ejercicio de la memoria titulado «Una sola noche», de dolorosa remembranza, como lo es así también el relato que denominé «El retrato», homenaje a una querida prima fallecida. Mención aparte me merece la

narración que denominé «Ficciones», porque tal ha sido mi frustrado deseo de intimar con Jorge Luis Borges y Bioy Casares, que a veces dudo de que lo que cuento no sea verdadero. Por tal razón no sabía si incluirla entre las historias vividas o entre las inventadas. Diferenciar entre lo material y los sueños es misión de la ciencia o la filosofía, no de un escritor que, a sabiendas, puede confundirlos. «Ficciones» aúna mis deseos con la realidad que acaba imponiéndose

Cierro el libro con una novela corta, o cuento largo, EL PUMA, que ya fue publicado incluido en mi novela "El Cañadón del León"

Hecha esta síntesis, dejo librado al criterio del lector si el posfacio agregado al final de esta obra le resulta de interés por su pormenorizada dedicación a cada uno de los cuentos.

EL FANTASMA DE ANTONIA

I

Muchas estancias guardan secretos. Este viejo caserón mío, enclavado en La Pampa, tiene también el suyo. Aquí vivo desde hace años. Apenas viajo a la ciudad. Varias leguas nos separan del poblado más cercano. En una época —ya lejana— no me placía la soledad; hoy, por el contrario, permanezco aquí en voluntario encierro. Quisiera escapar… y quizás pudiera hacerlo, pero hay algo, semejante a la fidelidad, que me mantiene preso entre sus lindes. Salgo diariamente de madrugada a recorrer el campo a lomos de un caballo tan viejo como yo. Al regresar ya han aseado la casa y preparado mi almuerzo. El personal tiene órdenes de no molestarme, salvo que sea por algo imprescindible. Ella nunca viene por las mañanas. Suele aparecer por las tardes, en el bochorno de la siesta si me tiendo a descansar, o al bajar el sol, cuando el cielo se oscurece y la noche comienza a oprimirme. No quiero que nadie nos sorprenda juntos. En realidad, no sé si solo yo la veo. Intuyo que si hablase de ella, casi todos me tomarían por loco…, pero he oído comentarios, dichos en voz baja, acerca de una misteriosa mujer a quien varios han vislumbrado caminando por el parque y hasta subiendo la escalinata de la galería y también sobre el llanto que suele escucharse en la noche y parece provenir de la casa en la cual habito... Pensarán que son habladurías comunes en estas soledades donde la gente simple teje historias que dan un poco de fantasía a su anodina existencia. Eso es justamente

lo que replico para preservar mi intimidad cuando algún imprudente se atreve a comentarme tales embelecos.

Empero, para mí no hay misterios, porque en verdad se trata de un fantasma, del fantasma de Antonia. ¡Silencio! No le gustan los ruidos…ama el sosiego y las sombras. Si me quedo callado y escribo haciéndome el desentendido, dando la espalda a la puerta de la habitación, puede que venga también esta noche, como tantas otras lo hace, apareciendo cuando no la espero, sigilosa y muda, envuelta en sus galas de tules, con los mortecinos azahares y el perfume asfixiante de las flores marchitas…

Soy un anciano escritor de efímero éxito que ahora sobrevive recluido en un antiguo establecimiento rural heredado de sus abuelos, ocupando una casa enorme y fría, con varios cuartos cubiertos de polvo y soledad y otros que mantengo en sombras con los cortinados que velan el mustio panorama del parque que no atrae mi mirada. Todo está como en aquel entonces. No he querido cambiar nada. Los muebles son los mismos: los solemnes, de pretenciosa caoba del comedor principal y los más sencillos de roble oscuro, de los dormitorios. La decoración es acorde con la época en la que mis ancestros amoblaron y adornaron la finca. Una ecléctica mezcla de estilos, donde nada concuerda con el entorno agreste del campo que la circunda, salvo algunos detalles que me recuerdan que estoy en la Argentina y en la inmensa llanura pampeana: las boleadoras dejadas como al azar sobre la repisa de la chimenea, las desvaídas fotografías de toros que ganaron algún premio, el mapa de la provincia colgado en la pared, la marca de hierro para señalar la hacienda dispuesta junto a la chimenea para ser usada como atizador y el facón de acero y plata, aprisionado en su funda y esperando un duelo que nunca ocurrirá.

Sé que mi entorno es decadente, que las paredes reclaman pintura, que los marcos de los ventanales están descascarados y las malezas han invadido el cercado. Todo va perdiendo el esplendor de

otrora e, inexorablemente, será devastado por el tiempo implacable que devora mis días y mis horas.

Estoy aislado del resto del caserío. Para llegar hasta aquí hay que atravesar la tranquera del vallado perimetral, cruzar el parque, el pabellón de los comedores y la cocina, sortear las acacias que parecen cerrar el camino y continuar por la vereda de ladrillos que rodea esta vivienda, la residencia que comparto con ella.

Me he negado al llamado «progreso». No quiero la electricidad en la casa grande. Prefiero levantarme al alba y acostarme poco después de que oscurezca. Para alumbrarme tengo multitud de lámparas a kerosén que harían la delicia de un anticuario, los «soles de noche» y las linternas. La corriente eléctrica llega solo hasta los galpones y los alojamientos del personal. Yo le he vedado la entrada, tal como se la niego a los extraños. ¡Ojalá pudiera negarles también el acceso a los recuerdos!

La verdad es que pocos vienen a visitarme. Sé que me consideran huraño y extravagante. ¡Quién no lo sería si tuviera que convivir, como lo hago yo, con un fantasma!

Se trata del espectro de una mujer y su nombre es el de Antonia. Hizo su primera aparición hace ya muchos años, cuando apenas me consideraba un hombre maduro. Hoy soy un esperpento que ha sobrepasado los ochenta. Esa noche (al principio solamente venía de noche) yo estaba en la cama, desvelado, con la mirada fija en el artesonado del techo. Tenía encendida una vela y las sombras del cuarto oscilaban al compás de la ínfima llama que temblaba al flujo de una corriente de aire que se filtraba por los postigos cerrados. Era invierno, y en la lumbre del hogar aún refulgían las brasas del fuego que había prendido en los grandes tocones de quebracho, dispuestos para que ardieran varias horas. Cada tanto, un pequeño estallido de la madera húmeda esparcía pavesas con un tenue chisporroteo que irrumpía, crepitando, el silencio de la alcoba. Afuera, apenas soplaba el viento, por lo que no me acompañaban el usual sonido del girar

de las aspas del molino cercano y el acompasado vaivén de su émbolo, que con un chirrido hiriente horadaba el silencio nocturno. Tampoco oía mugir al ganado, aunque era habitual que escuchara sus esporádicos reclamos que me llegaban, imprecisos, desde algún potrero del valle o desde el monte que se extiende detrás.

Un perro lanzó lastimeros aullidos. Les siguieron otros, como si todos los canes de la finca hubieran decidido unir sus lamentos. «Quizás haya aparecido la luna», me dije. La voz airada del encargado los acalló. Aunque estaba lejos, en la quietud de la noche sus palabras sonaron como vecinas. Yo estaba intranquilo, pensando en el aciago destino de mi vida, sueños quebrados, deseos insatisfechos y errores de los que no podía sino arrepentirme. Me alumbraba únicamente la débil luz del candelero que había posado en la mesilla, junto a la cama. Oí un crujido. Supuse que era un leño que se quebraba por acción del fuego y dirigí la vista hacia la boca de la chimenea. Entonces la vi, por primera vez.

Había llegado, silente, desde algún rincón donde mora subrepticia y se había aposentado al resplandor de las ascuas. Los fantasmas, son sutiles, incorpóreos, pero se dejan ver tanto como para que alcancemos a distinguir sus rasgos. En el caso de Antonia, pude contemplar su cara delicada y su figura esbelta, la cual, aun envuelta en desvaídas gasas, era bella. Me miraba fijamente, como esperando mi reacción. Supe de inmediato que era una aparición. No podía dudarlo. Me quedaban solo los ingenuos recursos de decirme que se trataba de una alucinación y de cerrar los ojos hasta que esta se borrase de mi mente. Aterrado, lo intenté, pero al volver a abrirlos ella seguía allí, y me pareció advertir en sus labios una sonrisa cruel, una mueca de desprecio. Mi cuerpo se negaba a moverse. Transpiraba con helado sudor. Se me habían erizado los pelos de la nuca. Estaba inmóvil, atrapado. Saqué fuerzas de flaquezas para mantener su mirada y entonces me pareció columbrar, bajo la pálida piel, los contornos del esqueleto y de su calavera, visión horrorosa que se alternaba con la

de la hermosa joven de blanca tez, profundos ojos negros y labios rojos como la sangre que se había presentado ante mí, etérea y frágil.

«Sí, soy yo, Antonia», me dijo, y su voz sonaba extraña, como venida de muy lejos y ya nunca más volvió a hablarme. Al frío húmedo de la noche se le unió otro frío, más intenso aún, que me hizo tiritar. No supe qué decirle. Intenté recordar algún rezo. Le supliqué, sin palabras, que se fuese. Me arrodillé, como un creyente ante la aparición de una santa. Aún resuena en mis oídos la risa burlona que me pareció escuchar cuando se desvaneció. Aquella noche intuí que no volvería jamás a estar solo.

Ha pasado tanto tiempo que ya no puedo determinar cuando ocurrió, pero de allí en más, continuó visitándome, cada vez con mayor frecuencia, con la misma sonrisa, que es un rictus, y siempre callada, que es su forma de decirme tantas cosas. Solo me observa y se queda allí, imponiéndome su compañía. A todo se acostumbra uno, hasta a lo más revulsivo. Yo he aprendido a cohabitar con Antonia.

II

¡Cómo silba el viento y las ramas de los árboles azotan los muros! Se aproxima una tormenta. Es inminente su descarga. El aire huele a ozono, a tierra mojada. Ya oigo retumbar los truenos por el lado de los médanos. Es seguro que hoy vendrá Antonia. Le complace hacerse presente en ocasiones como esta, cuando la naturaleza se abate inclemente sobre esta casa, percibo mi fragilidad y la tempestad me parece el anuncio de un castigo… Irrumpirá cuando los relámpagos iluminen los ventanales, el cielo parezca tumbarse sobre el campo y el aguacero repique ensordecedor sobre el techado.

Seguiré escribiendo, es la forma que tengo de combatir el miedo.

¡Antonia!, la bella Antonia… relataré su desgraciada historia, que conozco muy bien:

Era la hija de un empleado cuyo «puesto» estaba próximo al casco de una estancia. Fue una muchacha hermosa. A los quince años comenzó a trabajar como doméstica en la casa patronal. El joven dueño se enamoró de ella y Antonia no supo resistir los embates del galán. Ella era una adolescente y él un hombre inmaduro, impetuoso y prepotente. Supo vencer la poca resistencia que encontró en Antonia. Los prejuicios hicieron que mantuviesen su relación oculta. No era concebible que el terrateniente se enredase con la hija de un pobre «mensual». Se amaban a la hora de la siesta, cuando el personal descansaba, a escondidas, en la penumbra del desierto galpón de esquila o en cualquier rincón velado a las miradas. El romance duró un par de años, hasta que Antonia se dio cuenta de que aquella era una pasión sin futuro, porque él nunca la haría partícipe de su mundo, el de la casa señorial, el de las relaciones sociales, el del temprano éxito de su carrera, el del coche que partía hacia Buenos Aires… dejándola

sola hasta un nuevo y temporal retorno del amante. La pasión de Antonia menguó, el juego del amor se transformó en mera costumbre… Fue entonces cuando ella se enamoró de otro hombre, de un muchacho acorde con su edad y su condición, un tal Martiniano, empleado en el pueblo próximo, trabajador y honesto. Anunciaron su boda. Era una época formal, de obligado casamiento y libreta matrimonial. Antonia tomó valor y le comunicó al patrón sus intenciones. Ya no habría encuentros furtivos, ya no le amaba. Él pareció aceptar los hechos como inevitables, aunque la revelación fuera como una puñalada y los celos comenzaran a corromperle. Con una aquiescencia que parecía frivolidad, pareció resignarse a perderla. Es más, ofreció como regalo a la pareja celebrar un banquete de bodas en la misma estancia. Los novios aceptaron. Martiniano, deslumbrado por el convite que excedía sus posibilidades económicas de brindárselo a la prometida con sus propios recursos, y en la ignorancia de lo ocurrido entre su compañera y el propietario; Antonia, por temor a contrariar al hombre que había amado.

La moza murió la noche de la fiesta. Se intoxicó con algo que había comido en el agasajo. Su sencillo vestido de novia fue también su mortaja. Se consideró tal triste suceso como un desgraciado accidente. Es sabido que, en el campo, en los veranos y con tanto calor como el que aquí suele hacer, es difícil preservar los alimentos, que se pudren y pueden ser letales. La enterraron en el cementerio del pueblo. Todo el personal de la estancia concurrió a despedirla. Aquella mañana el viento soplaba con violencia y levantaba nubes de polvo. El novio y el patrón estaban desolados, uno junto al otro. No pudieron reprimir las lágrimas. El segundo dejó sobre el féretro un ramillete de flores de azahar que él mismo había cortado del devastado jardín de la estancia y habían sobrevivido a la sequía. La gente comentaba: «qué bueno es el señor, miren cómo quería a la sirvienta».

III

Antonia, ahora tú sabes que te amaba y que, si puse el veneno en la ración de tarta que yo mismo te serví en la fiesta, fue porque te quería solamente para mí y no podía permitir que te fueras con otro… Usé el tóxico con el que procurábamos matar los pumas que devoraban los corderos. Quizás advertiste su sabor amargo, pero comiste uno y otro bocado, con tus ojos fijos en mí, como desafiándome, o sometiéndote a mi voluntad. Puede que intuyeras que tu agonía iba a ser más breve que la mía y aquella mirada fuese una advertencia de lo que me aguardaba. Ahora que has vuelto para quedarte, sé que seguirás conmigo hasta el fin, en esta casa donde envejezco y donde moriré, mientras tú continuarás mirándome inmisericorde, noche tras noche, siempre la misma, pálida y bella como lo eras cuando te di mi último beso sobre la frente, en el ataúd donde solo tu cuerpo reposará por siempre.